

MORFOLOGÍA CÍNICA DE UN FANTASMA

Para el fantasma que cada noche sueña y luego no recuerdo.

Dentro de su estómago apenas hay nada,
algunas notas de piano desafinado.

Cientos de bolas de cristal adornan sus heces transparentes.

La omisión es algo parecido. O bien parecido.

Sabemos que no es un cuento cuando oímos silbidos en el aire.

Díganme que alguna vez lo escucharon,

que sobre el sueño se edifican las ciudades de los muertos.

¿A qué le teme un fantasma?

A la cáscara mutilada del tiempo.

Soy William Hunt, un fantasma
ascendiendo a ocho mil metros de altitud,
una aparición de luz propia.
Más tarde me hice sombra por ser útil,
imprescindible cuando amanecía.
Ahora me reconozco sin tener rostro,
me alimento del zumo verde
que gotean los neones.

Vivir la vida de los demás, sentir admiración hacia lo inútil.
Soy un espíritu cristalino que olvidó mirarse en un espejo.
Aún os preguntáis qué es la muerte,
esencialmente es un viaje de brillantes,
sobrevolar las aguas
sujeto por un mosquetón de flores púrpuras.

Refugio congelado, no hace suficiente frío.
La nieve convierte el pelo en agujas reptando hacia la carne.
Sientes las lágrimas saladas del fantasma.
Uno mismo de madrugada:
terror de serie B.
No volverás en vida a conciliar el sueño.
Despertarás como agua pero también como muerto.
Si esta ficción prevalece no habrá más realidades que nos torturen.

Saldrá volando de un avión en llamas:

el aliento no posee el mismo peso
sin paracaídas.

No te preocupes nadie vendrá a ver como ardes por el cielo.

Nunca es nunca, nunca es nunca, repite en un mantra infinito.

Esa vergüenza lo eleva. Le confiere identidad:

piolet definiendo las galaxias.

En cada manta de felpa o cuero,

sobre una colchoneta ilógica, me suelo recostar;

no soy el único espectro de músculo,

sin embargo viajo solo y combino mis gafas de sol
según las nubes del día.

La sábana que cubre mi cuerpo

nunca la he llevado a la tintorería,

tampoco nací con ella cosida al cuerpo.

Mi piel gelatinosa sufre sin ser un martirio.

Si estornudo, alguna gota de sangre seca

recuerda mi condición de desecho.

Pensaba que el mar servía para sujetar los barcos,
que su condición líquida no era más que una excusa,
un pretexto con el casco oxidado.

El océano más secreto de todo el universo
muerde los vientos y forma la montaña.

Auuuuuhhhhh,
cuerno vikingo,
fantasma de la cordillera.

Debéis ser cautos al juzgarme, mis dedicaciones son casi sutiles.

Levitar sobre cualquier superficie no es tarea fácil.

Ni siquiera un trabajo. No es volar por los tejados,
es ser tejado flácido de gelatina blanca.

Si no lo entendéis probar a escavar un túnel,
una inmensa garganta dentro de una tarta húmeda de queso.

Al final del pasadizo estarán las nueces,
encima de ellas la miel congelada.

Llora el fantasma por la mística del hielo.

Su llanto es como el sueño de un niño, reconfortante y sonoro.

El alma de William Hunt exige alimento continuo:

un residuo espectral de microondas,

la esperanza del mundo resumida en cataclismo.

Las lágrimas de una trompeta a media noche,

no estremecen a un trozo de carne sin hueso.

El fantasma no sufre enfermedad mental,

sólo es una esponja de tres mil poros obstruidos.

Anclado sobre la nieve la clase de miedo que siente

es un bote de pintura blanca.

Veinticinco kilos níveos de espanto

alimentan las leyendas de los hombres,

del primer expedicionario sin escrúpulos.

Huellas que se funden con las de un tigre sin legua ni bengala.

Ruge el frío a menos treinta grados,

enciende la última hoguera imaginaria.

Su corazón, su nombre, reino entre las cumbres.

William Hunt rodeado por siete porteadores tragando sopa recalentada.
Existen montañas gigantes que justifican la muerte absurda,
el vuelo hasta llegar arriba de los ángeles sin alas.

Fue el primer paso real hacia la muerte.
Un espectro que escaló el filo del cuchillo,
no debía enamorarse de aquella inmensa roca.
Flotas William,
eres un nenúfar de frágil porcelana,
los dioses no han podido devorarte.

Cada uno es el cielo que supone.
Susan Twein y William Hunt han tropezado frente a frente
sobre una húmeda cubierta de Colorado.
Tres mil árboles huecos rodean la cabaña.
¿Habéis tenido buen viaje? Pregunta el alce centenario.
Suena la brisa como un versículo nevado.
Se dibujan llamas en el aire, puede verse el centelleo desde el agua.
El tiempo allí es un ave dorada y sin plumaje.
Resucitan del mundo de los vivos viejos cuentos que los unan:
afonía, preludio.
Escucha Susan, existió un pájaro que reía entre las ramas.
Traté de cazarlo y se esfumó como un montón de ceniza.

Si llega la hora de comer volverán a bajar del tejado, caminarán por la rivera del río y buscarán entre el fango algún pez confundido.

Cuando el pez aletea cabe un segundo para la sorpresa, libertad serena de dos entes que no pueden odiarse.

Llovió cruel y muy rápido.

El viejo alce flotó río abajo convertido en carne y madera.

Lo encontraron en la presa cerca del pueblo.

En su lomo hinchado podía leerse:

ojos dorados por las llamas,
esos que vuelven nunca se fueron.

Muy poca gente conocía aquel macizo cerúleo.

Ambos se sentían afortunados.

Las tardes eran fotografías que ellos habían tomado algunos años atrás.

Les gustaría ser una pequeña cámara digital,
una sospecha con forma real.

Se acercó un día un perro huido de sus amos.
Olisqueó e intentó apagar el fuego.
No hizo más que extenderse hacia el corazón del bosque:

Así es.

Queda demostrado.

Los científicos no saben absolutamente nada,
los virus son poemas cínicos de la cabaña.

El microbio se alimentó.

Envenenó a las otras bacterias,
se convirtió en un hombre y construyó un refugio.
Cultivó la tierra, se hizo preguntas.
No encontró a ningún otro individuo
en cien millones de kilómetros a la redonda.
Inventó la rueda y luego el ordenador de sobremesa.
Lo encendió.
Navegó por internet, encontró fotos de su cabaña.
Dejó de comer. En silencio se extinguió la humanidad.

Se aparece sobre la tierra y dibuja con el dedo líneas perezosas en el barro.
Se pregunta por qué tuvo que ser él la última bacteria inteligente.
Me pregunta por qué evolucionó hasta convertirse en un hombre sin
descendencia.
Se reconoce guillotinado a petición popular en 1789.

Qué más da el peso voluble del tiempo,
una pluma de nata contiene
todo el misterio concreto:

preguntad a todos los emperadores muertos.

No vais a encontrar la respuesta
en unos laboratorios de Munich ni de Tokio.

Terminaré diciendo que encontré un
pequeño animal blanco, que lo golpeé en la sien.
Pensé en cocinarlo y comerlo,
pero aquel animal abrió los ojos y me dijo:

-Tengo miedo William,
ahora que estoy muerto
no sé si podré recordarte-.

Me sumergí en el río.
Recé hacia dentro
después de treinta siglos sin hacerlo.